

Combate el fuego con fuego.

LA HORA ^{De LAS} BRUJAS

LIBRO CINCO



LA

CORONA DEL DRAGÓN

JACK HENSELEIT

LA HORA ^{De} LAS
BRUJAS

LIBRO CINCO

TÍTULOS DE
LA HORA DE LAS BRUJAS

EL CUCHILLO Y EL VAMPIRO

EL CORAZÓN DEL TROL

EL GENIO DEL ANILLO

LA SIRENA Y EL NAUFRAGIO

LA CORONA DEL DRAGÓN

LA HORA ^{De} LAS
BRUJAS

LIBRO CINCO

LA CORONA DEL DRAGÓN

JACK HENSELEIT

ILUSTRACIONES: RYAN ANDREWS

edebé

Original title: THE WITCHING HOURS 5: The Dragon Crown

Text copyright © 2019 Jack Henseleit

Illustration copyright © 2019 Ryan Andrews

Design copyright © 2019 Hardie Grant Egmont

First published in Australia by Hardie Grant Egmont Pty. Ltd.

"This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com"

All rights reserved including the rights of reproduction in whole or in part in any form.

© Traducción: M.ª Carmen Díaz-Villarejo

© Ed. Cast: Edebé, 2020

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Dirección de Publicaciones Generales: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

Primera edición, octubre 2020

ISBN: 978-84-683-4920-6

Depósito legal: B. 8360-2020

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Karl, Beth, Jacq y Di,
los forajidos de las montañas*



1

LA ESCALERA HACIA EL CIELO

—¿TENEMOS QUE SEGUIR CAMINANDO? —PREGUNTÓ Max mientras volvía la cabeza hacia Anna con los ojos muy abiertos—. Esto es muy peligroso, incluso para nosotros. ¿No podemos dar la vuelta?

Anna apretó los dientes. Con mucho cuidado, subió otro peldaño de la escalera de madera agarrándose fuerte al retorcido escalón. La escalera se balanceó.

—¡No la muevas! —exclamó Max, que se apresuró a subir para trepar hasta un saliente de piedra,

como una pequeña plataforma—. Aquí hay un poco de sitio. Podríamos hacer un descanso.

Al inclinarse para mirar fuera de la plataforma, el viento agitó su espeso pelo. Anna vio que su hermano palidecía y deseó no haberse dado cuenta. Era mejor no mirar e imaginar que subía por una cama litera o por una casa en un árbol. Si no hubiera visto la cara de Max, quizá podía haber seguido imaginando... Pero ahora que Max había mirado, sabía que ella también tendría que hacer lo mismo.

Anna respiró hondo y volvió la cabeza.

Habían pasado en China una semana fría y húmeda. Cuando una ráfaga de aire alpino le golpeó en la cara, las lágrimas le provocaron escozor en los ojos. Parpadeó para retirarlas y miró a lo lejos, hacia las azoteas que se divisaban en el valle. Las casas se encontraban tan lejos, que más bien parecían puntos en un mapa. Era casi imposible de creer que

Max y ella hubieran estado en esa ciudad con los pies en tierra firme hacía apenas dos horas. Recordó cómo habían levantado la cabeza sorprendidos cuando el profesor señaló hacia el cielo. Y también recordó la expresión de ansiedad de su guía cuando les dijo que habían llegado demasiado tarde y que no podría subir con ellos por la montaña. Y finalmente recordó la mirada desesperada del profesor.

Y, en ese momento, bajo sus pies temblorosos, estaba la montaña: un muro de piedras tan empujado e implacable que ningún camino se podría tallar sobre su piel. Anna se agarró a la escalera aún con más fuerza al mirar hacia el acantilado donde los árboles luchaban por cubrir la capa pedregosa de la montaña. Cada tronco estaba doblado como el mango de un paraguas con sus raíces aferrándose a las grietas de las rocas. Anna se dio la vuelta y frunció el ceño respirando con dificultad. ¡Nadie querría vivir aquí arriba!

Pero alguien sí que vivía allí. Alguien había construido unas cuantas escaleras que subían por las distintas caras de la montaña. Cada una de ellas estaba hecha de forma improvisada con ramas y mimbre, y con peldaños de hierbas y tallos. A veces las escaleras estaban inclinadas formando un ángulo, para que la persona pudiera desplazarse de un escalón a otro. Otras colgaban totalmente en vertical, como la que Anna estaba subiendo, y estaba sujeta a la montaña por nudos que no parecían del todo seguros. Anna hizo un gesto de dolor cuando una fuerte ráfaga de viento movió los peldaños bajo sus pies. Con un estallido de adrenalina subió los últimos escalones, respirando aliviada al llegar hasta la plataforma.

—Bien hecho —dijo Max, que había recobrado el color en sus mejillas, aunque seguía bien agarrado a las rocas—. Creo que podemos descansar un rato. Papá parece como si estuviera buscando algo. Espero que sea un paracaídas —sonrió.

Anna hizo una mueca. El profesor estaba agachado en un peldaño mientras rebuscaba en su bolsa sin sujetarse a ningún sitio. Anna pasó muy pegada junto a Max, y agarró del jersey al profesor. Su padre solía estar distraído la mayor parte del tiempo; pero, en ese momento en particular, dar un paso en falso era demasiado peligroso.

El profesor le sonrió cuando ella se sentó a su lado.

—Ah, hola. ¿Admirando la vista? —dijo él.

—Más o menos —respondió Anna—. ¿Durante cuánto tiempo estaremos aquí arriba?

—No mucho —contestó el profesor—. El guía nos ha dicho que el ascenso nos llevaría unas dos horas, máximo tres, seguro. —Movió entonces su bolsa—. ¿No te parecen maravillosas estas escaleras? El guía las ha llamado «las escaleras del cielo». Nunca antes había escalado algo igual.

«Ya, la mayor parte de la gente *en su sano juicio* no lo ha hecho nunca», pensó Anna. Suspiró y tiró del

jersey del profesor para guiarle hasta un sitio seguro. Ahora que lo decía, la vista desde ese saliente era magnífica. Las montañas al otro lado del valle eran altas y escarpadas, sus laderas estaban adornadas con restos de bosques y sus cimas nevadas llegaban hasta las nubes. Anna tembló cuando el frío viento entró por su cuello y se ajustó un poco más la bufanda.

—¿Lo dejamos ya? —preguntó Max—. Es obvio que aquí no hay nadie. Si damos la vuelta ahora, podremos llegar antes de la hora de la cena. Estoy muerto de hambre —concluyó tocándose la tripa de forma lastimera.

—¡No, no vamos a abandonar! —exclamó el profesor—. En la biblioteca que está en la cima de esta montaña se encuentran los libros que necesito para terminar mi trabajo. ¡Ahora no podemos darnos la vuelta sin más!

—¿Una biblioteca ahí arriba? —Anna arrugó la nariz.

—Sí, sí—contestó el profesor de forma distraída, ya que volvía a revolver el interior de su bolsa—. De hecho, es un pueblo. Pensaba que estaríais más emocionados. Hace mucho que no veis la nieve.

—No tanto—dijo Max—. Vimos algo en...

Anna le golpeó la pierna y Max se llevó la mano a la boca.

—¿Qué pasa?—preguntó el profesor.

—Nada—dijo Anna—. Estamos bromeando.

Pero sí que pasaba algo. Los niños intercambiaron una mirada cómplice llena de secretos cuando el profesor volvió la cabeza. Asintiendo a modo de disculpa, Max bajó su mano, una mano con la piel tan pálida y decrépita que parecía imposible que estuviera unida a un humano vivo. Anna aceptó la disculpa con un gesto y volvió los ojos hacia las cimas nevadas de las montañas, rozando con sus dedos el cuchillo blanco que llevaba atado a la cintura. El profesor no sabía nada de su cuchillo ni de la

mano de Max. Y tampoco sabía nada de la última vez que vieron la nieve. De hecho, el profesor ignoraba muchas cosas sobre sus hijos.

Los secretos se habían empezado a acumular desde que el profesor llevó a sus hijos en otro viaje de trabajo a Transilvania. Durante su aterradora estancia en la posada de la Hierbaluna, a Max le secuestró un vampiro hambriento que consiguió chuparle la sangre de su mano antes de que Anna y su amiga Isabella lo rescataran. Fue la misma noche en la que Anna encontró el misterioso cuchillo escondido bajo las losas del suelo, un cuchillo con una punta afilada, cuya hoja parecía brillar de forma constante incluso en mitad de la oscuridad. A los niños, se les advirtió del peligro que corrían si conservaban el cuchillo; pero, desde aquella aventura, esa arma fue una herramienta de inmenso valor para vencer a las criaturas fantásticas. Los ayudó en Irán, cuando ellos dos solos se pelearon contra un ejército de

genios y una bruja malvada, y también los ayudó a romper un hechizo en Australia, donde una araña gigante los llevó hasta su madriguera bajo tierra.

Pero fue en su segunda aventura terrorífica cuando los niños vieron la nieve. Sucedió en Inglaterra, donde un hombre de pelo rubio había estado haciendo tratos con un trol, llegando a acuerdos sombríos en un viejo puente de piedra. Los niños llamaron a aquel hombre el señor Vela, y lo siguieron por el puente hasta Noruega y luego por el camino de vuelta, superando varios miles de kilómetros en una sola tarde. Se movieron con gran dificultad por el helado bosque noruego, donde Anna rescató de nuevo a Max, venció al malvado trol e incluso desterró al señor Vela a algún sitio lejano. Ella todavía llevaba dos tesoros del trol en su mochila: una moneda de su madriguera y el corazón frío del monstruo, que seguía latiendo débilmente. Ninguna de esas dos cosas había sido de utilidad, pero eran demasiado valiosas para abandonarlas.

—¡Aquí están! —exclamó el profesor. De su bolsa extrajo dos barritas de cereales ligeramente aplastadas—. Nos ayudarán a conservar la energía. Comedlas mientras seguimos subiendo. —Con una sonrisa les pasó las barritas a sus hijos—. Y además tienen trocitos de chocolate —añadió animado.

Max abrió entusiasmado el envase de su barrita, mientras Anna desenvolvió el suyo con más cuidado, soltando a desgana el jersey del profesor cuando este se puso de pie para estirar las piernas. El viento soplaba con más fuerza, y silbaba entre los árboles y la hierba, transportando el frío desde las cimas de las montañas hasta su columna vertebral. La escalera por donde habían subido se agitaba hacia adelante y hacia atrás, con sus peldaños moviéndose en cada hueco. Anna lo observaba cuando uno de los nudos de las ramas se deshizo, sacudiéndose como una serpiente llevada por el viento.

—Venga, vamos —dijo el profesor—. Tenemos que seguir.

Empezó a caminar de forma valiente por la plataforma, sin que pareciera importarle el enorme vacío que se presentaba a su lado. Max le siguió tras suspirar, mientras su mano muerta tocaba con cuidado las rocas.

Anna dio un mordisco a su barra de cereales disfrutando de las vistas. En la parte de atrás de su boca se le movía una muela y le dolía al masticar, así que comió con mucho cuidado, masticando solo por el lado izquierdo. Por fin se desplazó hacia la escalera, tras colocar la mochila en sus hombros. La escalera nueva parecía incluso más desvencijada que la anterior.

—Id más despacio, que me estáis dejando atrás —se quejó Anna.

Max volvió la cabeza, pero siguió escalando. Anna arrugó la nariz y colocó su pie en el primer

peldaño. La escalera crujió; y, con un gemido, Anna comenzó a subir tan deprisa como pudo.

—¡Anna, la vista es mucho mejor desde aquí!
—exclamó el profesor—. ¡Es maravillosa!

Anna no creía que nada pudiera describirse como maravilloso mientras arriesgaba su vida por un entramado de viejas ramas. El viento le revolvió el pelo por la cara y con valor se volvió para ver de nuevo las montañas nevadas. No parecían muy diferentes.

Pero algo sí que había cambiado. Anna se paró para quitarse el pelo de los ojos. El viento soplaba de forma ruidosa, pero también se podía oír algo más. Un nuevo sonido resonaba por el valle: un ruido estrepitoso matizado por estallidos y como si algo se resquebrajara. ¿Qué podría ser?

—¡Anna! ¡Max! —gritó de repente el profesor—. ¡Subid aquí, rápido! —Parecía asustado—. ¡Es un terremoto!

Anna elevó la cabeza. Max subía por la escalera a toda velocidad mientras sus pies resbalaban por los escalones. Pero, por encima de ellos, la montaña había desaparecido entre una nube de polvo. Anna gritó cuando las rocas a su alrededor comenzaron a sacudirse moviendo violentamente la escalera de un lado a otro y lanzando los peldaños más sueltos montaña abajo.

—¡Date prisa, Anna! —gritó el profesor—. ¡Tienes que subir hasta aquí!

Max ya había conseguido llegar hasta la siguiente plataforma. Anna le siguió deprisa, intentando desesperadamente mantener el equilibrio mientras la escalera temblaba en sus manos. Jadeó cuando una roca pasó junto a ella aplastando los árboles que encontraba en su camino. Al acelerar el paso, uno de los escalones se rompió al apoyar el pie y Anna se agarró a las ramas con desesperación. Ya había subido más de la mitad de la escalera y podía ver cómo Max la observaba con gesto de preocupación.



La montaña crujó.

—¡Venga, Anna! —gritó Max—. ¡Tú puedes!

Sus palabras quedaron entrecortadas cuando la montaña resonó a sus pies. Anna chilló. Una grieta se abrió a su lado, llenándolo todo de polvo y tierra, y tiró las escaleras como si fueran palillos. Y, entonces, la escalera comenzó a caer por el vacío junto con Anna, que se aferraba a los peldaños mientras caía hacia su perdición.